

“Muerte de un disidente”. Jacobo Machover

Un “accidente” de tránsito. Tal es la tesis oficial para explicar la muerte del disidente cubano Oswaldo Payá el pasado 22 de julio. Su familia y numerosos observadores contradicen esta versión y recuerdan que el acoso político se aplica más que nunca a Cuba.



El defensor de los derechos humanos y militante cristiano Oswaldo Payá murió en Cuba el pasado 22 de julio junto a uno de sus compañeros, el joven disidente Harold Cepero, en circunstancias extremadamente sospechosas. Payá y Cepero fueron víctimas de un “accidente” de tránsito en Oriente. Se encontraban en la parte posterior de un carro de alquiler conducido por un dirigente español de las Nuevas Generaciones del Partido Popular, Ángel Carromero, a cuyo lado se hallaba un militante sueco de las Juventudes demócrata-cristianas, Jens Aron Modig. Sólo los cubanos perecieron. El español se encuentra en Cuba, después de un proceso en el que fue condenado a cuatro años de prisión por “homicidio imprudente”, mientras que el sueco pudo regresar a su país, después de haber sido detenido por la policía política y haber declarado, en el transcurso de una conferencia de prensa perfectamente orquestada, que no podía saber lo que había sucedido, ya que dormía en el momento del drama.

La familia de Oswaldo Payá afirma que se trata de hecho de un atentado perpetrado por la policía política, la Seguridad del Estado. Su viuda, Ofelia, y su hija, Rosa María, no han podido hablar con los jóvenes para tener su versión de los hechos, pero habían sido advertidas inmediatamente, desde España, de lo que había ocurrido, tras mensajes de texto y de audio enviados a sus conocidos por el español y el sueco. En estas comunicaciones hacia el exterior de la isla, mencionaban un Lada rojo, un modelo de coche habitualmente utilizado por los esbirros del régimen, que golpeó en varias ocasiones su carro, un Hyundai, para provocar que salieran de la carretera. Además, Oswaldo Payá y su familia eran objeto de un acoso cotidiano: su vehículo familiar había sido incluso deliberadamente embestido algunas semanas antes en una carretera en las afueras de La Habana. Sus ocupantes salieron milagrosamente ilesos. De hecho, la intimidación violenta se mantiene como una práctica corriente para atacar a los opositores.

Resulta asombroso el silencio de los portavoces del Partido demócrata-cristiano sueco y de las autoridades españolas. Éstas pretenden negociar una medida de clemencia respecto de su ciudadano. Intención que es, en lo que concierne a Ángel Carromero, digna de consideración. Lo es mucho menos, no obstante, para la familia de Oswaldo Payá y el conjunto de la disidencia cubana. Ésta no tuvo miedo de enfrentar la represión y las decenas de detenciones ocurridas en los funerales de quien era uno de los símbolos de la resistencia a la opresión desde que había presentado una petición firmada por más de 10 000 personas (un acto temerario, inédito en Cuba), el “Proyecto Varela”. Esta iniciativa que le valió a Payá en 2002 el premio Sajarov por los derechos humanos, concedido por el Parlamento Europeo, no fue del agrado de las autoridades eclesiásticas, más inclinadas hacia un diálogo y a cierto compromiso con el régimen. Los

partidarios de Payá y otros disidentes fueron condenados a largas penas de prisión a raíz de la “primavera negra” de 2003.

Oswaldo Payá parecía haberse salvado. Pero nadie, en Cuba, está realmente fuera de peligro. A los hermanos Castro les complace hacerlo saber. De ahí, quizás, este “accidente”, una peligrosa maniobra de acoso que sin duda salió mal. Su objetivo era atemorizar a los hombres y mujeres opuestos al régimen, y paralizar a todos aquellos que quisieran aportarle una ayuda material y moral. Es lamentable que los partidos democráticos y los Estados europeos hayan escogido el silencio, en vez de reclamar la verdad y la justicia.

(Traducido del francés por Isis Wirth)

Publicado: 24 Octubre 2012

20121024-muerte-disidente-jacobo-machover